
SERMON
DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE

PREDICADO
EN LA COLEGIATA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

POR EL

Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos

Arzobispo de Mexico

POR ENCARGO Y EN REPRESENTACION

DE LA SAGRADA MITRA DE ZAMORA

*Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini
mei ad me?*

¡Y de dónde á mí tanta dicha, que la Madre
de mi Señor venga á mí?

Lúcas, cap. I, v. 43.

¡Católicos amados hijos!

Esta pregunta que Isabel, madre del Bautista, pronunció hace muy cerca de diez y nueve siglos, é hizo resonar en su casa, apartada en las montañas de Judá, al ver que llegaba á ella con apresuramiento la Virgen Madre, manifiesta sin duda el gozo, la alegría inefable en que su bendita alma fué inundada y como extasiada con la presencia de su ilustre prima, elegida entre todas las mujeres para llevar en su seno al Redentor del mundo. Mas decidme, oyentes míos, fuera del sentido histórico que

dá el evangelio á esa pregunta ¿no tendrá otro más amplio, aplicable á todos los sucesos de la Iglesia, en que había de tomar parte la Virgen María en la dilatada carrera de los siglos? Si la visita de la familia sagrada á la familia de Zacarías es figurativa de las que la Reina de los Cielos había de dispensar á los mortales despues de su gloriosa asuncion, no cabe la menor duda de que en ella estaba proféticamente representada la aparicion de tan augusta Soberana, bajo la advocacion de Guadalupe y que tuvo lugar aquí, en la vecina montaña, como lo atestigua la historia más bien comprobada, el año 31 del siglo décimo sexto de la éra cristiana. Para creerlo así basta reflexionar que la Iglesia católica, inspirada por el Espíritu Santo, ha escogido y aplicado á esta solemnidad el pasaje del Evangelio que acabais de oír; y en el que se refiere minuciosamente la visita de la Madre del Mesías, á la madre del santo precursor.

¿No podré, pues, con sobrada razon trasladar hoy las palabras que me han servido de texto, de los labios de Isabel á los de todos los mexicanos, y repetir las en su nombre, aquí, en este augusto Santuario, y desde la cátedra de la verdad con todo el entusiasmo que excita en mi alma uno de los mayores prodigios? Sí, todos, henchidos del más puro regocijo podemos exclamar: ¿De dónde á nosotros tanta dicha? ¿Cómo! ¿la Madre del Señor viene á visitarnos, la Reina á los súbditos, la soberana del mundo á sus vasallos? *Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?*

No hay que dudarle, mis caros hijos, la Emperatriz de la gloria deja, no ya la humilde casa de Nazareth, sino el primer palacio del Universo, el primer trono, el primer templo. ¿Y para qué? No para atravesar los montes de Judá, sí, para posar sus plantas en el dichoso Tepeyac; no para presentarse en la casa de Zacarías y saludar á Isabel, sí para aparecerse en el camino y salir al encuentro á un humilde devoto suyo. ¿Y á qué fin? No para entonar el cántico de magnificencia al Omnipotente, porque

había hecho en su favor cosas grandes y maravillosas; sino para revelar á un pobre neófito su soberana voluntad, de que le erigiese un templo allí en el lugar del prodigio, de la misteriosa aparicion. ¿Y para qué? vuelvo á preguntar. ¡Ah cristianos! escuchadlo: para establecer entre nosotros su perpetua morada, y que su nombre sea glorificado todos los dias y por los siglos de los siglos. ¿Y para qué más? ¡Oh prodigio de amor, de compasion y de ternura! Para poner aquí, en este suelo, sus ojos y tambien su corazon: *Et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

Juan Diego, á quien podemos llamar legítimo representante de los primeros pobladores de este país, tuvo la dicha de ser el escogido para tan árdua mision, de recibir el primero á la Madre de Dios por madre suya, y de tributarle, á semejanza del discípulo amado, sus inocentes obsequios, los puros é inefables sentimientos de la más tierna gratitud. A ese indio sencillo y de limpio corazon puede aplicarse con bastante exactitud, lo que el evangelista San Juan dijo de sí mismo: *Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.* Si, desde aquel momento feliz, en que se aparece la Virgen inmaculada al nuevo discípulo amado, al dichosísimo Juan, éste la tiene por su augusta Reina y Madre misericordiosa, y le consagra los homenajes de su respeto y amor. A su turno los nuevos fieles, los recién convertidos, los hijos todos de la esposa inmaculada, hemos sido admitidos, hemos entrado en la posesion de Madre tan fecunda, y ella por su bondad nos ha acogido en su seno de inagotables misericordias. ¡Qué prodigio! vuelvo á exclamar, ¡qué compasion! ¡qué ternura!

Mas ¿hay un corazon que se dilate lo bastante para agradecer debidamente un beneficio tan singular? ¿Qué homenajes expresarán nuestro reconocimiento? ¡Ah, cristianos, las ideas, los sentimientos de compasion, de amor y de ternura que ocupan el alma de María hácia los hombres, y en especial hácia nosotros los mexicanos, me lle-

nan de pasmo y admiracion! Pero me avergüenzo, me confundo al contemplar los sentimientos de sumision, de gratitud y fiel correspondencia que debían llenar nuestro corazon é impelerlo de continuo hácia la Corredentora del humano linaje.

Cristianos, ¿comprendeis bien mi pensamiento? ¿Descubris ya la materia y el plan de mi discurso? Todo se contrae á dos puntos: las ideas y los sentimientos de María hácia los hombres, y especialmente hácia los mexicanos, al aparecerse para su conversion al catolicismo, en este nuevo mundo, serán el asunto de la primera parte. Las ideas y los sentimientos que los hombres y en especial los mexicanos debemos tener hácia María en su advocacion de Guadalupe, serán el objeto de la segunda parte. ¿Cómo un orador cristiano podría separar estos dos puntos? ¿Cómo decir lo que es María para con nosotros, sin decir lo que debemos ser nosotros para con María?

¡Oh, vosotros, á quienes especialmente se dirige este discurso, vosotros los que en nombre del Prelado y Diócesis de Zamora os presentais cada año en este agosto templo á tributar los homenajes de la fé viva de un pueblo eminentemente devoto de la Madre de Dios, en su advocacion de Guadalupe, si quereis desempeñar dignamente vuestra mision, escuchad con oído atento lo que os dice el Prelado de la primera Iglesia metropolitana, indigno, es cierto, pero que se gloria de haber visto la primera luz en aquella ciudad episcopal, y de ser hoy el intérprete de los sentimientos piadosos de sus paisanos, y de todos sus compatriotas hácia la bella y admirable imágen de Guadalupe. Sí, venid todos á ver el verdadero objeto de nuestros cultos; pero venid tambien á oír cuales son nuestros deberes, á cuyo cumplimiento tenemos que aspirar para ser realmente hijos de la Madre inmaculada. No consiste en la multitud de sus beneficios nuestra dicha, sino en agradecerlos debidamente: no está el mérito de nuestra devocion á María en contar sus admirables y sublimes virtudes, sí, en imitarlas hasta donde lo permita nuestra pequeñez.

Hé aquí el doble fin que me propongo: muy lejos de mí el tono frio de un razonador; el lenguaje vivo y elocuente del sentimiento debe brotar de mis labios y ser en esta vez el fiel intérprete de lo que pasa allá en lo íntimo del corazon.

¡Oh Espíritu divino, fuente de las ideas grandes y sublimes, á la par que centro de los sentimientos nobles, tiernos y amorosos: envía un rayo de luz á mis pensamientos, da fuerza á mis palabras y enciende mis afectos, no para alimentar la vana é inquieta curiosidad, sino para hacer un elogio de tu purísima Esposa, que no desdiga de la presente solemnidad y sirva para excitar en todos los que me escuchan, los sentimientos de la gratitud filial y del amor más ascendrado! ¡Comunica fuego al orador y convierte á los oyentes!

¡María, ruega por nosotros! alcánzanos esta doble gracia; y vosotros, cristianos, pedídsela con fervor, saludándola con el ángel llena de gracia.—AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO

LO QUE ES MARIA PARA CON NOSOTROS

La corrupcion en que vivimos, los peligros que por todas partes nos rodean, los lazos que nos tienden los enemigos implacables de nuestra eterna salud, nuestra propia debilidad, todo, todo nos convence hasta la evidencia, amados hijos, de la necesidad que tenemos á cada paso de los auxilios del cielo. ¿Cómo conseguirlos? En vano los esperamos si no nos vienen por las manos de María, úni-

co canal de todas las gracias de Dios, en sentir de San Bernardo. Y bien ¿podrá esta piadosa Madre dispensarnos su proteccion? ¿Tendrá voluntad para hacerlo? ¿Lo hará en la realidad? ¡Sí, y tres veces sí! No le falta la voluntad, tampoco el poder, como se explica el mismo santo: *Nec voluntas illi deest, nec potestas*. ¿Exigís la prueba? Escuchadla: para que podamos esperar de alguna persona su asistencia favorable á nosotros cerca de la Majestad divina, basta que su grandeza la aproxime á Dios, y su bondad á nosotros. María, por el hecho mismo de ser Madre de nuestro Salvador, fué elevada muy alto, muy cerca del Eterno Padre; y en el hecho de ser nuestra Madre, se aproxima á nosotros, conoce nuestra debilidad y se compadece de nuestras miserias. En pocas palabras: María puede salvarnos, porque es Madre de Dios; María quiere salvarnos, porque es nuestra Madre. En estas dos aserciones se funda, según el parecer de clásicos oradores, la devocion á María y nuestras más halagüeñas esperanzas.

Sí, mis caros hijos, la santa union que liga á María con su benditísimo Hijo nos revela todo el crédito y valimiento que tiene para con el Padre, todo el poder de que goza en los cielos y en la tierra, y hasta donde se extiende su mediacion, irresistible, como la llama San Epifanio. ¿Cuál es esa union? ¿Quién puede decirlo? ¿Quién puede gloriarse de haber sido el consejero de Dios, sábio por naturaleza? ¿Quién se atreverá á penetrar la profundidad de sus misterios y de sus arcanos, sin ser oprimido por el peso de su gloria? ¿Quién será capaz de revelar el íntimo comercio de María con Jesús, del cielo con la tierra, y la abundancia de dones y los rocíos celestiales de gracia y de virtud que la santifican? Nadie ciertamente. Mas si es dado al hombre llegar á entender, como dice San Pablo, las cosas invisibles por las visibles, y las sobrenaturales por las naturales, columbraréis, aunque muy á lo léjos, la union que existe entre el Salvador y María, si reflexionais en los lazos que ligan á los padres con los hi-

jos, á una madre tierna, con su único y muy querido hijo.

Pero ¿qué digo? No, no busqueis el fundamento de la union que existe entre Jesús y María en las simples inspiraciones de la naturaleza, vendida á los sentidos y vil juguete de las pasiones humanas. No, no hay que contar con el hombre abandonado á sí mismo; él siempre será una criatura inconstante que jamás triunfa por sí sola, aunque sus afecciones sean muy vehementes y sus convicciones muy íntimas. Otra es la causa de esa union que ha estrechado á Jesús y María, es el nudo indisoluble de una alianza santa, que en vano hubieran pretendido romper el hambre, la desnudez, las miserias de la vida, los tormentos de la muerte, los horrores del sepulcro, y aun el mismo poder de los ángeles de las tinieblas.

La conformidad de afectos, dicen algunos panegiristas de María, apoyada en el conocimiento recíproco: hé aquí la causa de la union que admiramos entre Jesús y María. Ella tuvo su origen desde el instante mismo en que bajó á las purísimas entrañas el Hijo del Altísimo. Ella se afirmó más y más en los nueve meses que lo trajo en su seno, y en todo el tiempo que lo tuvo á su lado, durante su vida privada. Entónces, cuando la Madre y el Hijo se comunicaban íntimamente, María miraba en el hermoso rostro de su Hijo los esplendores de la divinidad, y Jesús miraba en su Madre santísima, aquel Tabernáculo, aquel Santuario, digna habitacion del Espíritu Santo, aquella morada infinitamente más hermosa que todas las tiendas de Jacob. María contemplaba en su Hijo, al través de los velos de la humanidad, la gloria del Padre, una figura de su sustancia, una imágen de sus perfecciones infinitas; y el Hijo miraba en la Madre la criatura más perfecta, la hechura más acabada, la obra maestra del Omnipotente, donde como en un espejo se retrataba su propia divinidad.

La Madre descubría absorta en su Hijo aquellos atributos divinos que en las mansiones celestiales arroban y

llenar con toda plenitud los corazones inmensos de los bienaventurados; el poder que saca las cosas de la nada, la sabiduría que todo lo dirige con acierto; la bondad que atrae á los pecadores y dispensa toda clase de beneficios; la justicia que dá á cada uno segun sus merecimientos; la misericordia que perdona; la providencia que todo lo gobierna, y encamina suave y fuertemente á sus altos fines; la prevision que en nada perjudica á la libertad del hombre, y la predestinacion que distingue á los elegidos reune las reliquias dispersas de Israel, forma los santos y compone la eterna sociedad.

¿Qué más....? Pero ¿á dónde voy, cristianos? ¿Quién será capaz de decirlo? ¡Decidlo vosotros, ángeles del cielo, que mirábais atónitos desde las alturas este espectáculo asombroso acá en la tierra! ¡Decidlo vosotros, espíritus bienaventurados, que contemplábais absortos el cielo trasladado á la tierra! Porque ¿quién puede decirlo, más que vosotros que lo habeis recibido? *Nemo scit nisi qui accipit*. Por lo que á mí toca, hijo del cielo y concebido en la ignominia del pecado, apenas puedo exclamar con el inmortal Bossuet: “¡Castos misterios del cristianismo, preciso es ser puro para comprenderos! ¡Castas delicias del amor divino, sería preciso estar inflamado con vuestro fuego para sentirlos!” Me basta inferir que estas son las obras visibles de la gracia, los prodigios palpables de la redencion, por los cuales podemos columbrar las cosas invisibles: básteme asegurar que esa union tan santa y tan íntima de María con Jesús la acercó tanto á sus perfecciones infinitas, que ha recibido todo su complemento en la gloria, y el último grado de fuerza, que hizo decir á San Juan Damasceno que: “María no podía dejar de ser escuchada,” á San Bernardo que sus súplicas son omnipotentes;” y á San Pedro Damiano: “que ejerce una especie de autoridad hasta sobre el mismo Dios.”

Pero, ¿esta augusta Soberana de los ángeles y de los hombres, tendrá voluntad de emplear su valimiento en favor de nosotros, ó se contentará con gozar para sí de su

grandeza? ¡Ah, cristianos! Quien conozca la bondad de la Madre de Dios, que la aproxima á nosotros, no vacilará jamás en asegurar que su querer está siempre en protegernos. ¿Mas quién llegará á comprender su bondad, su ternura, su amor hácia nosotros? “Nos ama, dice San Bernardo, con un amor invencible.” *Amat amore invincibili*. “Aunque ahora se mire elevada al rango supremo de Reina del Universo, preferida por el Rey de la eternidad y obsequiada por los justos homenajes de los bienaventurados, no puede olvidarse de nosotros, es nuestra Madre, y Madre tierna.” *Amat, amore invincibili*.” “No porque esté saciada de gloria, revestida de majestad, é inundada en un torrente de delicias, y nosotros estemos hundidos en la miseria, agobiados por las necesidades y aún cubiertos con la lepra del pecado, deja de ser nuestra madre, y Madre llena de misericordia, llena de clemencia, llena de bondad para con nosotros.” *Amat amore invincibili*.

Y ¿dónde buscar el fundamento de ese amor? Sólo en Jesucristo que vino á publicar en la tierra aquella ley con que se amaban el Padre y el Hijo entre sí desde la eternidad, y con que quería se amasen los hombres, los unos con los otros, y hasta con los mismos enemigos. Sólo en esa ley, carácter de la Religion cristiana y de la verdadera crucifixion evangélica, que fué confirmada por el divino Salvador en todo el tiempo de su vida, y en especial cuando pendiente de una cruz, pidió gracia y perdón para los mismos que le crucificaban. Solo en esa ley que debía ser observada por los verdaderos discípulos de Jesús y singularmente por su benditísima Madre, destinada á ser el modelo más perfecto de la santidad, y sobre todo, de la santidad de la cruz y del Evangelio. Solo en aquella caridad sobremanera ardiente con que el Padre nos amó desde la eternidad hasta darnos á su Hijo, en quien había puesto todas sus complacencias, á fin de que nos redimiera con su sangre, y en aquella misma caridad con que el divino Hijo se entregó por nosotros á la muer-